

El sonido del tiempo

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición.

© Aniana Plaza, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301
www.maghenta.com

Ilustración de portada: Antonio Navarro Gómez

Depósito Legal: Z-1.494/07
I.S.B.N.: 978-84-935637-0-7

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

El sonido del tiempo

ANIANA PLAZA

maghenta
EDITORIAL

*A mi marido Julio,
y a mis hijos Óscar,
Patricia y Raúl, porque
con ellos aprendí a soñar.*

Agradecimientos

*Al pintor alicantino Antonio Navarro,
porque me ha enseñado a “ver” detrás de los colores
y ha permitido que su cuadro “Señorita con sombrilla”
ilustre la portada de este libro;*

*y al escritor y periodista Esteban Sánchez
por desvelarme algunos “secretos” de la literatura.*

Carta de la escritora al lector

En muchas ocasiones se ha descrito el destino como una música inexcrutable, cantada en el origen del mundo, que fluye inexorable por el tiempo rigiendo y narrando en un mismo instante lo que acontece a los seres que lo habitan. Una novela no deja de ser un reflejo fiel de este concepto, donde el escritor canta el destino de los seres que fluyen y viven en el ámbito común que se crea en la conciencia de quien escribe y de quien lee lo escrito.

Sin embargo, es como si ese fluir del mundo tuviera un silencioso sonido que aún y armoniza el devenir. Sólo algunos están dotados de la capacidad para escucharlo en sus sonidos más puros y aquí tenemos una oportunidad para hacerlo, porque ese sonido inaudible se percibe en cada página del tranquilo discurrir de este libro; entiendo que cada personaje está dotado de la armonía que lo enlaza al mundo como si del mundo fuera. Los seres que habitan a hurtadillas este espacio común creado entre lector y escritor, aparecen moldeados con tanta fuerza y expresividad que trascienden lo escrito y se integran en el mundo con tal poder y textura como si de nuestra propia vida y existencia se tratara.

Son esos mundos, del libro y el real, los que se funden en un único discurrir captado en la vida del personaje central, Váleri, a través del sonido mudo de su pensamiento, que se materializa y objetiva narrando su recorrido por la vida. Pero la lectura se subleva en un punto con tanta fuerza y expresividad que el devenir se produce no por lo escrito, sino que procede de la propia naturaleza y voluntad de la protagonista, en búsqueda constante del equilibrio de su ser con el mundo que le rodea. Y entonces se entiende que Váleri fluye en su mundo, no porque la escritora lo quiera, sino porque el diseño de su ser y de su mente ha adquirido una plasticidad tan orgánica, densa y contundente que se materializa ante el lector con tanta cabalidad como el sofá donde se acomoda para la lectura. Es Váleri quien le sujeta y transporta donde su pensamiento y elección decide. Allá donde nos lleva nuestro

callado compañero que todo lo configura y lo armoniza (el pensamiento) es donde se materializa el sonido del tiempo: la armonía de la existencia de cada ser como un sonido de exquisita delicadeza.

He aquí el dibujo de una vida y el eco de su música. Espero lo disfrutéis.

Aniana Plaza

PRÓLOGO

El alba está a punto de romper el opaco velo de la madrugada y Valéri, en su cama, no cesa de dar vueltas. Está muy nerviosa. A pesar de sentir los párpados pesados, no puede dormir. Un desasosiego inexplicable la mantiene en vigilia desde media noche. Le duele todo el cuerpo por la actividad a que lo tiene sometido. Siente frío e instintivamente mira al extremo de la habitación donde las cortinas se rizan a causa de una suave brisa que se filtra por la ventana, envuelta en una pálida luz azulada que la estremece. En un intento vano por ahuyentar esos miedos que, poco a poco la envuelven como en una tela de araña, eleva los brazos desnudos al techo en muda súplica. Estira su cuerpo infantil y suspira con resignada impotencia. Pega el oído a la pared para confirmar su certeza de que algo inusual ocurre dentro de la casa. A través del tabique delgado percibe pasos acelerados y palabras ininteligibles dichas a media voz y cargadas de susurros. Un hormigueo de intranquilidad le recorre el cuerpo. ¿Qué pasará?, se pregunta con el temor propio de una niña de corta edad. Llamaría a su padre a gritos, si no se lo impidiera ese maldito nudo en la garganta.

Le viene a la mente el recuerdo de su madre y se pone a temblar. Ha notado que últimamente su madre pasa demasiadas horas en la cama y, ahora que lo piensa más detenidamente, cuando se acostó anoche no fue a darle el beso de despedida, y eso es muy raro. Tan raro, como olvidarse de cerrarle la ventana, con lo cuidadosa que es ella. Y ahora, el ruido de la calle se manifiesta de pronto con brusquedad y, dentro de pocos minutos, el humo de la fábrica cercana llegará hasta su lecho y no podrá ni respirar. Risas y pasos apresurados retumbarán muy pronto en el asfalto y se sucederán hasta bien entrada la mañana, con lo cual, ya puede ir despidiéndose del descanso. A pesar de todo, no se levanta de la cama. Callada, sigue atenta a la menor señal de peligro. “Por lo menos –se da ánimos– aquí aún no se han atrevido a entrar”.

Al cabo de media hora, alguien abre la puerta de su alcoba con demasiado sigilo. Ella contiene la respiración y piensa: “ahora, ya no me salva nadie”. Dentro de nada, quien quiera que sea, llegará hasta su persona, la cogerá de los pelos y sin contemplaciones le hará daño, mucho daño.

Ante ese temor, se encoge como si fuera un ovillo de lana, esperando lo irremediable. La claridad mortecina que llega del salón ilumina por un momento la habitación, y una figura alta se recorta nítida en el dintel. El grato olor a loción fresca de su padre se expande por el cuarto delatándole. Ya puede respirar tranquila, “no hay peligro”. Tan segura está, que se incorpora esperanzada.

—¿Eres tú papá? —pregunta ansiosa, intentando controlar el castañetear de sus dientes menudos.

El hombre se acerca muy despacio, envuelto en sombras. Sus pasos son inseguros por la oscuridad, pero aún así no acciona el interruptor de la luz. Incluso, cierra bien la puerta tras de sí para que la opacidad allí dentro sea absoluta. Al llegar hasta ella, palpa el borde de la cama con manos expertas y toma asiento. Sólo entonces contesta, como haciendo un gran esfuerzo.

—Sí hija, soy yo. ¡Tranquilízate!

Váleri, apenas puede reconocer ese tono de voz tan amargo y derrotado. “No puede ser mi padre”, se dice parpadeando. Quiere traspasar el muro oscuro que los separa y así contemplar su rostro, asegurarse que es él, y no otra persona quien le está hablando de esa manera. A pesar de su corta edad, no le pasa por alto el lacinismo actual de su padre. Antes tan alegre y jovial...

—¿Té pasa algo papá? —interroga la niña en un tono suplicante.

Quiere saber el porqué de ese cambio. Es pequeña sí, pero no tonta. Sólo cuando le nota dar un gran suspiro, que hasta hace crujir la cama, se arrepiente de haberle preocupado y enmudece; teme encontrarse con una respuesta demasiado dolorosa. Si por ella fuera, ahora mismo le pediría ver a su madre, pero... ¿y si le ha pasado algo malo? Él, parece tan ausente... Sólo oye su respiración entrecortada, agrandada si cabe por la misma penumbra en la que están sumidos voluntariamente; después le siente respirar profundamente. Tal vez para calmarse un poco antes de comunicar a su hija algo muy triste.

El hombre se pasa la mano por la frente confundido, no sabe por donde empezar. Ni siquiera él lo entiende, “¿como para saber explicárselo a una niña!...”, reflexiona dolido. Al amparo de la oscuridad espera encontrar ese valor necesario que necesita, si no... ¡está perdido! Algo tiene a su favor, por lo menos está protegido de su mirada inquisitiva. No quiere mostrar a su hija esas ojeras amoratadas que le avejentan unos cuantos años, hasta asemejarle a un anciano, y eso que no ha cumplido, ni mucho menos, los cuarenta; dejará pasar unos segundos, sólo unos segundos serán suficientes para serenarse y poder dar a su voz un matiz entre refinado y tranquilo. Tal vez así haga sufrir menos a la niña, de lo contrario no sabría cómo consolarla.

—Hija... —dice casi suspirando. A duras penas, puede articular su nombre, le tiembla tanto la voz que ni se la reconoce. “¿Y por dónde empiezo?” Al momento vuelve a perder la poca seguridad conseguida minutos antes. Miles de razonamientos, más o menos convincentes, se agolpan en su cabeza. Busca el adecuado para suavizar, en lo posible, el impacto que la muerte de su madre va a ocasionar a la niña.

¡Nada! Por ahora se siente incapaz de tomar una decisión acertada. En vista de lo cual, decide posponer esta conversación trascendental para una ocasión más propicia. Hoy el dolor atenaza su garganta y sólo conseguiría, dado su estado de ánimo, empeorar las cosas. Esperará. Recobrando las energías se pone en pie. Se acerca a la mesita de noche y enciende la lámpara resuelto, no quiere permanecer a oscuras ni un minuto más. Luego se inclina sobre su hija y le habla lo más tranquilo posible.

—Váleri, es muy temprano, pero debes levantarte dentro de media hora. Nos vamos a casa de la abuela —se le ocurre así de pronto, sin pensarlo dos veces, diciendo primero lo que debía haber dejado para el final.

La niña no sale de su asombro. Todo le parece una pesadilla. Sin duda, tarde o temprano despertará de este mal sueño que la confunde. Su padre la quiere llevar al lado de una abuela que ni siquiera conoce.

—¿A casa de la abuela? —repite arrugando la nariz incrédula e intenta mirarle a los ojos. Escudriña mejor el rostro de su padre que, sin duda, ha perdido el juicio. Pero su perfil adusto le indica que no bromea.

—¿Me quieres decir dónde vive esa señora?, porque... ¿no te habrás vuelto loco, eh? —se atreve por fin a preguntarle, no sin cierto temor.

El padre, dolido, niega repetidamente con la cabeza y con un evidente gesto de dolor. Demasiadas preguntas para contestarlas en tan poco tiempo. No puede resumir aunque tenga mucha capacidad de síntesis, media vida en cuatro palabras. Por eso calla. Hubiera preferido mil locuras juntas, antes que la evidencia de tan cruda realidad.

PRIMERA PARTE

El hombre, que parece observar con insistencia un punto inexistente, inicia un doloroso monólogo interior. “Mira tu obra, madre, ¡puedes estar satisfecha!”, murmura apretando los labios; “ni tu propia nieta sabe de tu existencia”, le acusa en silencio y con rencor. “Otra mujer se hubiera muerto ya de pena ante el alejamiento de su único hijo varón, sin embargo tú, ni sientes ni padeces, te da igual. Tu lema en la vida siempre ha sido primera yo, segunda yo, y la tercera... ¡también yo!”

De pronto interrumpe sus pensamientos que le hacen todavía mucho daño, y se acerca a la ventana. El día avanza apagando al último lucero rezagado. Se queda pensativo. “Tal vez yo –recapacita sensato– hubiera debido insistir una vez más”. Pero no sabe qué pensar al respecto. Después de tanto tiempo no quiere condenarla del todo sin estar convencido, y bien seguro de que por su parte hizo lo humanamente posible. Pero enseguida reaccionó con rabia, “no debo engañarme. Ya lo creo que puse todo de mi parte, con gusto me echaría la culpa si con ello remediase el mal que he podido hacer. No debo torturarme así. De nada sirvió las veces que le pedí comprensión. Otra más hubiera sido igual, dado el carácter fuerte de mi madre que, junto a su orgullo mal entendido, terminó con cualquier sentimiento de acercamiento entre los dos”, reconoce apenado.

Se regaña a sí mismo sin piedad, “y ¿aún te parecen pocas las veces que llamaste a su puerta sin obtener contestación? Soy muy indulgente con ella, ni siquiera debería llamarla madre, es una palabra demasiado hermosa que no le va en absoluto. No debo maquillar la verdad por muy dura que me resulte y, mucho menos, excusar su comportamiento. Yo hice todo y más: me humillé, lloré delante de ella, agoté mis energías, hasta caer en una fuerte depresión y... ¿para qué?, ¿para nada! ¿Cuántos años han pasado desde entonces?, demasiados”. Se repite obsesivo, “¡demasiados!”

Una lágrima corre por su mejilla y la limpia de un manotazo, con rabia contenida. La tragedia que acaba de vivir le hace navegar por un mar de dudas, por eso, a veces se siente culpable. Pero reconoce que no debe ser así, quiere tener la mente despejada. Y aunque los hechos los lleva grabados a fuego sobre su piel, ya no volverán a confundirle.

Se pasa la mano fría por la frente fruncida, quiere de una vez ahuyentar los recuerdos que se agolpan insistentemente y sin piedad en su cabeza, y con más intensidad en esta noche angustiada e inacabable. “Yo puse los medios necesarios para que la ruptura entre nosotros no fuera definitiva...”, se tortura volviendo sobre lo mismo. Sabe que sus agrios recuerdos no le llevan a ninguna parte y, sin embargo, vuelve a caer en esa horrible pesadilla. “¡Sólo por enamorarme!, ¡quién lo diría!”, se lamenta entristecido. “Todas las madres se alegran de la felicidad de sus hijos, ¿verdad?”, gesticula como si tuviera frente a él a su mejor amigo como interlocutor, “bueno, pues la mía ¡no!”

El hombre, aún no se puede explicar cómo estuvo tanto tiempo junto a su madre sin enfermar. Puede verla agarrada a su inseparable bastón y repetir una y mil veces infinidad de reproches: “Seremos la comidilla de la ciudad, cuando se enteren de con quién piensas casarte. Ana es una cazafortunas, ¡no te quiere! Inocente, eres más inocente que un cubo. Sólo persigue nuestro dinero. ¿No te das cuenta?”

Otras veces cambiaba de táctica, se ponía melodramática y de pronto gritaba tanto que su voz parece resonar aún hoy en sus oídos: “¡Este hijo me va a matar a disgustos...!, y luego se dejaba caer como si perdiera el conocimiento. Pero siempre, la muy tunante, caía sobre el mullido sofá. “No era poco astuta la señora”, recuerda ensimismado, casi hechizado. En aquellos trances, todo el servicio, corría en su auxilio asustado. Una doncella acudía con las sales, otra con el abanico y no se percataban, las pobres, que la muy ladina las miraba divertida con los ojos medio entornados, riéndose por dentro. Confiaba en doblegar así la tozudez de su hijo; estaba segura que echando teatro a la cosa, tarde o temprano cedería. Sólo era cuestión de tiempo.

Él, la dejaba hacer. Un día descubrió por casualidad su juego y, aunque le estaba convirtiendo la vida en un infierno, pensó lo mismo: “Ya se cansará de tanto desmayo; no tendrá más remedio que claudicar”. Pero se equivocó. Ninguno de los dos dio su brazo a torcer. Él no estaba dispuesto a renunciar al amor de su vida por un capricho maternal. Así pues, cansado de tanta pelea, hizo las maletas y salió de casa dejando a su madre con sus elucubraciones. Recurrió a su novia, prepararon todo y, al cabo de un tiempo se casaron en la más absoluta soledad.

Dejó pasar un año que se le hizo eterno antes de dar señales de vida. Quiso demostrar a su madre su felicidad y, de paso, hacer las paces de una vez. Pero en su requerimiento, sólo obtuvo un desprecio helador. A pesar de ello, no se desanimó. Se armó de paciencia y dejó pasar algo más de tiempo, quería serenar los ánimos. Cuando se cumplió el plazo que él mismo se había dado, volvió a intentarlo de nuevo, pero esta vez, llevando del brazo a su esposa. “Es preciso que la conozca. La querrá tanto como

yo”, pensó inocentemente. “Llegaremos por sorpresa, se alegrarán tanto de verme que no pararán de abrazarme. Además, mis hermanas me ayudarán a convencer a mamá. “No hay enfado que cien años dure, ¡caray!””, se decía convencido en aquella ocasión.

Otra nueva decepción le aguardaba. Al llegar, encontró a su familia tan distante que la moral se le bajó a los zapatos; no llegaron a intercambiar ni dos palabras seguidas. Incluso sus dos hermanas, nada más verles, abandonaron el salón con el pretexto de un dolor de cabeza. De pronto, se dio cuenta con tristeza, que todo seguía como al principio e incluso peor. Su madre ya se había hecho la idea de que había perdido a su hijo, y ni siquiera se molestaba en intentar recuperarlo.

Al nacer su hija Váleri, encontró la excusa perfecta para intentar el acercamiento una vez más. “Esta vez será la definitiva, nuestra hija lo conseguirá”, le iba diciendo a su esposa que, expectante, caminaba a su lado. Ella le miraba con pena y presentía que le aguardaba otra nueva decepción. Por desgracia no creía equivocarse. Empezaba a conocer a esa mujer y, lo que son las cosas, en lugar de odiarla por su rechazo, sentía pena por ella “porque cuando quiera rectificar sus errores será tarde”, razonaba. Sin embargo, guardaba silencio ante su marido. Por mucho que le dijera a su esposo, no le haría cambiar de opinión. Por tanto, permanecía impasible a su lado... “y que sea lo que Dios quiera”, se resignaba.

“Ya verás como nuestras diferencias, en cuanto mi madre abrace a la niña, se quedarán en nada”, repetía el hombre durante el trayecto, sin percatarse del mutismo de su mujer. Esta última decepción le marcó profundamente. No lo sintió por él. Ahora, era distinto. Se trataba del rechazo a su hija, a la nieta de aquella mujer, y eso... ¡no podría perdonarlo jamás!

“Ingrata, mala madre”, iba mascullando de vuelta a casa, mientras sacudía una lágrima inoportuna. Juró no volver nunca más al lado de su madre. En ese instante comenzó un adiós sin retorno posible, con el corazón dolorido empezaba a ser consciente por fin de saber ya el camino a seguir de ahora en adelante. Sin esperar nada, se instaló con su mujer e hija al otro lado de la ciudad, lo más lejos posible. Rompieron con todo su mundo anterior y se zambulleron en la mediocridad de un barrio obrero donde vivió momentos duros. Acostumbrado a tener de todo, pasó a carecer de lo más imprescindible, pero aguantó. Jamás volvió con los suyos, y ellos tampoco le llamaron. Sin embargo, durante años guardó en secreto la esperanza de regresar. En cuanto levantarán un dedo.

El tiempo pasaba y el milagro no se producía. Su esperanza remota acabó debilitándose de una manera definitiva. “Mira por donde –piensa ahora mirando a su hija–, al cabo de tantos años de sentir odio por mis propias raíces, me quedo solo con la niña y debo humillarme y pedir ayuda para ella, como si el cáliz no hubiera

sido apurado del todo”. Pero tardó en rendirse, buscó antes nuevas soluciones al problema que la muerte de su mujer le había planteado. Sopesó los pros y los contras, pero siempre iba a parar a la misma conclusión. “Mi familia será el refugio perfecto para mi hija. Desaparecida mi esposa, no pondrán reparos en cuidarla. Yo, por mi parte, me humillaré una vez más, y aquí paz y después gloria, razonó definitivamente el hombre.

Ajena a la dura batalla interior que libra su padre, Váleri comienza a vestirse. De todas formas ya no volverá a dormirse. En silencio, termina de colocarse alrededor del cuello la bufanda, cuya aspereza le hace brotar unos puntos rojos en la barbilla de los que ni se percata. Finalmente, anuda sus zapatos, se coloca un abrigo beige sobre los hombros, coge su peluche blanco y ya preparada, se dirige a su padre.

—Podemos irnos. Ya estoy lista —dice en un tono cohibido.

La voz de la niña le produce al padre una gran pena. Con una mezcla de dolor e impotencia, la toma de la mano y salen los dos de casa. Mientras bajan las escaleras, al padre se le escapa un suspiro. No se hace a la idea de todo lo que le está ocurriendo. Ayer, como quien dice, eran una familia feliz y hoy todo está perdido. Ya nada será igual para ellos dos. El hombre está seguro de que si su mujer pudiera verlos se avergonzaría de él por alejar a la niña de su lado. “Pero ¿qué puede hacer?”, se pregunta apretando los puños impotente. No sabría ocuparse de ella como es debido. Además, pedir ayuda a la familia, reflexiona, es de lo más natural. Pero claro, evidentemente, no en su caso. Esta situación le hace sentirse incómodo, pero no tiene otra opción, por lo menos, de inmediato. Al menos él no la encuentra.

El aire, todavía fresco, tiene la virtud de despejar en parte sus temores; de ahora en adelante debe ver las cosas bajo un prisma más optimista, si no, se volverá loco. Quizás con la niña sus familiares sean diferentes a como han sido hasta ahora con él. Por lo pronto han aceptado su propuesta sin poner objeciones, y eso, viniendo de “ella”, se refiere a su madre, es un triunfo.

Al otro lado de la acera divisa el coche enviado por su familia. El corazón se le llena de agradecimiento, desde luego, sólo necesitaría oír el chasquido de unos dedos para que corriera a su lado como un perrillo faldero. Se anima, los comienzos no pueden ser mejores. El chofer, gorra en mano, les saluda mecánicamente y con el mismo ceremonial les abre las puertas del vehículo, acomodándoles en los asientos posteriores.

La niña en todo ese tiempo permaneció callada, sólo de vez en cuando alzaba los ojos interrogantes hacia los de su padre, pero sólo ve una mirada ausente cabalgando por infinitas soledades. Todavía no entiende por qué han salido de casa en horas tan

tempranas, y su padre tampoco le saca de dudas. Al percatarse del examen a que era sometido, el hombre la abraza con cariño. Quiere evitar así dolorosas explicaciones, como tener que decirle: “Hija mía, mamá nos ha dejado para siempre”. Sólo de pensarlo se le hace un nudo en la garganta; “Es muy pequeña todavía, más adelante ya lo consideraré”, reflexiona para sí.

El chofer gira la llave de contacto, el motor empieza a ronronear como un gato perezoso, tira de la palanca con movimientos expertos y pone la primera velocidad, el coche obediente se desliza suavemente por el asfalto gris. Muy despacio se alejan del barrio que, a pesar de ser tan temprano, ya bulle de gente. Las fábricas cercanas llevan rato haciendo ulular las sirenas llamando a los obreros. Sus chimeneas erguidas como postes, destacan por encima de los rojizos tejados vomitando un humo pegajoso que se adhiere como una lapa en los marcos de las ventanas. Casi todas las fachadas de los edificios aparecen descascarilladas, principalmente por su cara norte, en la que los vientos la azotan sin piedad. Las calles estrechas siguen aprisionando la noche, aún bien entrada la madrugada, y el sol parece olvidar a sus habitantes, encerrados entre inhumanos muros de cemento.

El conductor sortea hábilmente cualquier obstáculo que se le cruza en su camino. Hay muy poca visibilidad y se ve obligado a dar las luces. Parece molesto, incluso a veces pone cara de asco. Tal vez todo esto le recuerda su niñez desgraciada y necesita salir de allí cuanto antes. Instintivamente aprieta el acelerador y cruza el puente a buena velocidad. Los hierros trepidan a su paso, los faros oscilan suavemente y su luz se debilita con la presencia del crepúsculo matutino que despierta ya por el horizonte. Por un lado alumbran la opulencia de la ciudad y por el otro, la pobreza, haciéndola más miserable si cabe. Abajo, la bruma azulada lame las aguas del río que baja crecido, topándose a escasos metros con un montón de arena fina que él mismo ha transportado. Al bajar la cuesta las casas desaparecen de la vista del conductor que, más relajado, disminuye la velocidad.

Dentro del coche, sus ocupantes, permanecen callados. La niña se adormece en actitud aparentemente tranquila, sólo sus manos parecen temblar un poco aferradas a su muñeco de trapo. Su padre por el contrario no puede sustraerse de los recuerdos y evoca obsesionado los momentos felices vividos al lado de su mujer. Se empeña en grabarlos en su mente para siempre. Hay instantes, sin embargo, que se le antojan irreales, y siente como si quisieran escaparse con ella. Aún perdura en sus labios el sabor amargo de la última despedida. “¿Y pensar que ya no volveré a verla nunca más, y cuando lo haga será eternamente?” Ante este convencimiento siente su sangre correr alocada por sus sienes y un escozor en su roja pupila le alerta que no debe llorar, al menos en presencia de su hija. Ella no debe sufrir, ya lo hace él por los dos.

Mira distraído por la ventanilla. Empiezan a enfilarse ya las avenidas principales de la ciudad. El olor del aire es, sin duda, más perfumado. Atrás dejaron el aroma de potajes con su grasa rancia, de zapatillas viejas, tendedores repletos de trapos remendados o de lentejas chamuscadas ondeando al viento como viejas banderas derrotadas. El chofer, que también percibe el cambio, hincha el pecho y aspira una buena bocanada de aire fresco; quita el pie del acelerador para hablar.

—Señor, entramos en la ciudad —pronuncia las cuatro palabras con alivio, como si hasta entonces hubieran estado metidos en una cloaca a punto de ahogarse.

Ron, el padre de Váleri, asiente con lentos movimientos de cabeza, pero no le contesta. Él, tampoco espera que pronuncie una sola palabra, está seguro que ya se ha percatado de ello, además tiene sus cinco sentidos puestos en el volante intentando evitar a más de un transeúnte que cruza con semáforo en rojo.

Por los alrededores de los centros comerciales el tráfico empieza a ser más denso. Los vendedores ambulantes montan guardia desde primeras horas para conseguir los lugares más frecuentados por los clientes y depositar en ellos sus mercancías con la ilusión de hacer buenas ventas, antes de que aparezca el guardia municipal de turno y les obligue a desalojar el lugar. Salen de la aglomeración a paso de tortuga, pero el conductor ni se inmuta. Parece que está disfrutando del paseo. Por primera vez, aunque tarde en llegar, la señora, no se atreverá a regañarle delante de su hijo. ¿O sí? Ante la duda, gira el volante para aprovechar un claro en el tráfico y alcanzar así la alameda que los llevará directamente a la zona residencial donde viven.

A los lados de la calle, los parterres de narcisos destacan con fuerza a los pies de las palmeras altivas. La brisa sortea las ramas de los árboles silbando una canción que luego se aleja en susurros. A escasos metros ya, una hilera de edificios de sólida construcción destacan imponentes entre el verdor de los jardines.

Ron no puede apartar la vista de todo aquello tan añorado. Aunque hubiera pasado cien años reconocería esa hilera de setos, siempre tan bien recortados, y los vivos geranios a su lado, recién plantados. El coche sigue su marcha y él cierra los ojos nostálgico. El color de esos narcisos vuelve pujante en sus pensamientos y siente que toda su niñez desfila nuevamente ante su presencia.

Llegan a las puertas de la casa, pero el conductor, inexplicablemente, se distrae y pasa de largo unos metros más. Al percatarse de su error pisa el freno a fondo rompiendo bruscamente el mutismo de los pasajeros. El vaivén inesperado despierta a Váleri, que se aferra al cuello de su padre, asustada. Ron, mientras pasa la mano por los cabellos ensortijados de su hija para intentar tranquilizarla, mira la fachada blanca con expresión enigmática.

Dolor, emoción y otras sensaciones que no sabe describir en esos momentos, se le agolpan en el corazón, desbordando por un segundo su capacidad de resistencia.

Percibe que en todo el edificio tan sólo una luz se filtra a través de los cristales y apostaría su vida, sin temor a equivocarse, que es Sara, la fiel ama de llaves, la que les espera impaciente. No se equivoca; la conoce bien.

Medio adormilada en la butaca, la buena mujer pasa las horas y no ve el momento de tenerles con ella. Cuatro veces, por lo menos, se ha levantado sobresaltada ante el sonido de un claxon, volviendo luego a sentarse desilusionada. En otras tantas ocasiones ha puesto el cazo de la leche a calentar, por si el padre y la hija llegaran destemplados.

Vuelve a oír un coche y va deprisa a la ventana, retira las cortinas a un lado esperanzada y, nueva desilusión, el vehículo pasa de largo. Luego susurra: “no son ellos”. Va a dejar caer nuevamente el visillo, cuando el mismo automóvil da marcha atrás colocándose junto al portal de la casa. “¡Ahora sí!”, exclama convencida, y corre a recibirlos.

—Buenos días señorita –saluda a la pequeña con cariño. Abre la puerta de par en par y se aparta a un lado para dejarles paso y, una vez dentro, apretuja a la niña contra su voluminoso cuerpo, llenándola de besos.

—Buenos días Sara –contesta Ron, como si se hubieran visto la semana pasada. Nada más traspasar el umbral retrocede a su infancia. Son tan nítidos los recuerdos que hasta cree oír la voz chillona de la cocinera regañándole por haber metido los dedos en el esponjoso soufflé. Pero los lamentos de Sara le hacen poner los pies en la tierra.

—¡Ay señorito!, cuántos años han pasado desde que se fue, de “su casa” –y lo recalca a propósito con una mueca rara en su boca, dándole a entender que no le culpa de lo sucedido con su familia. Ella les conoce muy bien, por desgracia.

Él la mira sin expresión, como si no entendiera sus palabras, a estas alturas de su vida está agotado de pensar y volver siempre sobre lo mismo. ¿Quién de los dos, su madre o él, fue el más culpable y quién la víctima? Está seguro que él se llevó la peor parte. Pero ya da igual. Necesita olvidarse de todo aquello. Ahora tiene otras prioridades que reclaman todo su esfuerzo físico y mental, lo demás quiere dejarlo en segundo plano. Un repetido lamento de la sirvienta corta el hilo de sus pensamientos.

—La señora, tan joven, ¡quién lo iba a esperar! –Sara, sin poderse contener, se pone a llorar.

Ron le agradece infinitamente sus sinceras palabras. Ella no tiene doblez, por eso la quiere. Siempre fue como una madre para él, “pero de las buenas”, puntualiza en su interior. En estos momentos siente deseos de refugiarse en sus brazos, como cuando era niño y le dolía terriblemente la garganta, tal vez así, encontrase la forma de aliviar sus penas actuales. “¡Sara, Sara!”, la llamaba a gritos entonces, “me duele

la cabeza...”, y sepultaba el rostro en su abombada falda. Ella, preocupada, dejaba inmediatamente lo que estuviera haciendo y le atendía.

Le ponía la mano sobre la frente, la retiraba y se concentraba para enterarse mejor, luego volvía a tocarle otra vez y, si no se quedaba tranquila, acercaba su mejilla a la de él para no equivocarse en el diagnóstico. “Tienes fiebre, cariño. Vamos, voy a acostarte ahora mismo. Sara te pondrá bueno otra vez”. Le hacía tomar una cucharada de jarabe con sabor a fresa, que no le disgustaba en absoluto. Le tenía dos días acostado y le daba zumos de frutas y, al tercer día, como nuevo otra vez.

Sara sí que sabía de medicina, más que todo los médicos de la ciudad juntos. Siempre existió entre los dos un gran cariño que se mantuvo íntegro a lo largo del tiempo y la distancia. Sin embargo, a pesar de esa mutua confianza, ella nunca dejó de tratarlo de usted. Quizás fuera por costumbre, o tal vez, tuviera la culpa su carácter servil, si no, Ron no se lo explica. Se lo dijo miles de veces: “Sara no me trates con tanto ceremonial, ¡tú no, por favor!” Le regañaba al contemplar su cara escéptica, sabía que no le estaba prestando ningún interés, estaba seguro que no le oía, “¿quieres enfadarme?, ¿eso quieres? Porque si es así, lo dices y nos tiramos los trastos a la cabeza, jovencita”.

Ante esa cuestión tan “comprometedora”, Sara no se decidía ni por el sí, ni por el no. Daba la vuelta, y le dejaba solo, moviendo su desparramada figura, pero su corazón, saltaba gozoso dentro de su pecho. “Yo sigo en mis trece, diga lo que diga el señorito”, iba pensando camino de la cocina. “Sólo faltaba, para completar el duro, que me modernizara de esa manera y llegara hasta el extremo de tratarle así: “Oye, Ron, ¿te sirvo ya el almuerzo? Se ríe de sus propias ocurrencias. ¡Jesús!, mi muchacho tiene cada cosa...”

Ron, como si le costara un esfuerzo enorme volver a la realidad, pone emocionado la mano en el hombro de Sara y le da las gracias por todos sus desvelos. Antes nunca tuvo ocasión de hacerlo. De pequeño creía, iluso, que su comportamiento para con él, era lo normal. Después, de mayor, su precipitada huida de la casa dejó pendiente el encuentro sincero entre los dos. Gira la cabeza, no quiere ponerse sentimental. De sobra sabe cada uno que tiene el cariño incondicional del otro.

Ron mira a su alrededor y se extraña de no ver a nadie de su familia.

—¿Mi madre? —se le escapa la pregunta que no quiere pronunciar. Es como si la echara de menos, y no desea demostrarlo.

La sirvienta apartó la mirada. Él siempre consigue leer en sus ojos lo que piensa, y no quiere arriesgarse, ya están demasiado mal las cosas entre madre e hijo como para echar más leña al fuego. Y aunque el desprecio a “su niño”, como íntimamente

lo llama, lo siente en sus propias carnes, no quiere herirle más e inicia una disculpa lo más creíble posible.

—No se enfade con la señora, últimamente anda un poco “pachuchilla”. Los años, ya sabe, no perdonan a nadie –improvisó sin demasiada convicción.

—Ya, ya. Ni ella tampoco perdona... –lo dice casi entre dientes, sin pretender dialogar con Sara, pero se siente incapaz de contener sus irascibles elucubraciones– ¿Y mis hermanas, también están enfermas, verdad? –se mofa reticente ante sus propios fantasmas.

—¡Vaya epidemia asola estos lares! Yo que tú, me vacunaría, Sara –insiste burlón, pero sin ánimo de ofender a la sirvienta–. ¡Ay Sara!, tu noble corazón no te deja ver la mezquindad de los demás.

La cara de la pobre mujer al verse descubierta, empieza a enrojecer. Además no entiende ese galimatías de palabras con el que Ron la obsequia. Cree estar oyendo ruso y, queriendo salir del apuro cuanto antes, lo único que hace es titubear como si fuera tartamuda. No sabe por dónde zafarse.

Ron la ve tan apurada, que se compadece de ella. Por nada de este mundo quiere hacerle pasar un mal rato a la única persona que se ha preocupado por él. Intenta tranquilizarla.

—Está bien. No te esfuerces en disculparlas; mira, me da exactamente igual verlas aquí o en la China –y se encoge de hombros con arrogante desprecio–. Te juro que no me entra ni frío ni calor. Que quieren..., pues ¡quiero!, que sienten desprecio por mí..., pues yo, ídem de ídem.

Sara no puede comprender con exactitud el significado de esas palabras pronunciadas aparentemente despreocupadas, pero que suenan muy llenas de amargura en sus oídos. Algo no encaja en su limitado entender. Quisiera ayudar a su señorito, pero no sabe cómo, y eso, la preocupa. Están atravesando ya el enorme pasillo y no es capaz de articular ninguna palabra de consuelo. Todas las ideas que le vienen a la mente las rechaza por insulsas; se esfuerza por encontrar la frase apropiada que calme a aquel hombre, pero no halla ninguna.

Ron, por su parte, tiene sus cinco sentidos puestos en las puertas tras las que, supone, descansa su familia. Sin pensar muy bien lo que hace, se para frente a una de ellas con las mandíbulas apretadas. Sus ojos miran con tanto rencor que desmienten por completo lo que dijo a Sara segundos antes. Le gustaría gritarles en la cara, pedirles explicaciones por su comportamiento tan mezquino para con él y su hija. Intuye que una vena de locura cruza peligrosamente por su cabeza, capaz de obligarle a hacer cualquier barbaridad...

—Anda, vamos a ver el cuarto, no dudo que, lo habrás dejado como los chorros del oro, según eres tú... —Ron decide finalmente dejar las cosas como están.

“Ya, ya...”, piensa la sirvienta, mientras se adelanta, para dar las luces. “A esta vieja no la puedes engañar, te conozco demasiado. Hace un rato, asegurabas que no te importaba el proceder de tu familia y al cabo de un segundo se te ve sufrir como jamás he visto a nadie”. Abre la puerta y, antes de invitarles a pasar, hecha un vistazo por la habitación. Quiere cerciorarse de que todo sigue como lo dejó ella horas antes. Sólo entonces les permite pasar, e inicia una retirada discreta. Él se da cuenta de la maniobra y se lo impide decidido.

—No puedes irte ahora precisamente —le dice casi al oído y con mucha humildad—. Debes ayudarme, porque es preciso convencer a la niña para que se quede un tiempo aquí.

Váleri, que no les ha quitado un ojo de encima desde que entraron en la casa, les mira ahora perpleja. Muestra evidentes signos de echarse a llorar de un momento a otro. Su padre, en un intento de tranquilizarla, la toma en sus brazos y le habla con cariño.

—Mira Váleri, vas a quedarte aquí unos días con Sara. Hasta que yo resuelva unos asuntos. Vendré a verte todas las tardes. No debes preocuparte, estarás bien. Confía en papá. ¿Me prometes obedecer? —a Ron también se le enrojece la cara y parece que va a sollozar.

El rostro infantil se ensombrece por momentos, mientras él se obstina en fingir una alegría y un optimismo que no siente. Llama a Sara que, discreta, se mantiene a prudente distancia. La chiquilla sigue escéptica. Lo que dice su padre le suena a cuento chino. ¿Vivir en aquella casa con esa señora, cuyos ojos brillan como el cristal? ¡Ni hablar!, ella prefiere estar con su madre. Por lo tanto, que no insistan.

Ron, esgrime a la desesperada el último argumento para interesar a la pequeña.

—Mañana, además, conocerás a la abuela y a tus tías. ¿No les harás el desprecio de irte, verdad? Están deseando abrazarte —y hace un guiño a Sara disculpándose por esta mentira piadosa que acaba de inventarse.

La doncella encoge los hombros, frunce la boca y devuelve el mensaje con un gesto elocuente, como diciendo “hace bien señorito, a los niños, no se les debe de transmitir el deseo de rencor a nadie, y menos a la familia”.

A pesar de estar agotado, Ron sonrío tristemente al verla gesticular así, pero enseguida vuelve a sumergirse en su dolor. El hecho de separarse de su hija le tiene traspuesto. El ama de llaves teme que de un momento a otro se derrumbe y a ella se le partiría el corazón. Está segura de que la niña, tarde o temprano, se acostumbrará

a su nueva vida. Además, ella estará a su lado para que así ocurra. Pero a él, ¿quién le ayudará?

—Se le pasará, no se preocupe. Váyase a casa dormir un poco —le repite Sara persuasiva a Ron camino de la puerta—. ¿No confía en mí? ¡Hágame caso! —Y antes de darle tiempo a reaccionar le empuja suavemente hacia la salida, cerrando luego tras de sí.

Con la misma celeridad vuelve al lado de la niña, haciendo crujir sus enaguas pabillo adelante. La encuentra triste por la ausencia de su padre, pero ella ya lo tiene previsto y cogiéndole la cara entre sus manos la lleva hacia la cama, animándola para que duerma un poco.

—Ahora descansarás un rato, que bien lo necesitas ¡pobre criatura! Luego, vendré a buscarte y conocerás a tu familia. Te voy a dejar la lámpara encendida y así no tendrás miedo, ¿de acuerdo? —le dice Sara mientras le ayuda a introducirse en la cama.

El ama de llaves no obtiene ninguna respuesta. La niña tiene la mirada en un punto del horizonte y parece no oír nada. Sara no se decepciona por ello, casi espera esa reacción, lo contrario hubiera sido hasta anormal. Sigilosamente sale de la habitación con un propósito firme: “Dentro de poco intentaré ganarme su confianza, ahora debo reponer fuerzas yo también porque cuidar una niña es cosa muy seria”.

Váleri mira la puerta por donde acaba de desaparecer Sara. De pronto siente sobre sus frágiles hombros todo el peso de la soledad, agrandada además por su corta edad. Estudia minuciosamente el entorno desconocido, las sombras de los cristales que proyecta la lámpara del techo trepan por la pared como duendes burlones, haciéndole cerrar los ojos de miedo. Suspira perdida entre las sombras y solloza sobre la almohada.

No sabe cuanto tiempo pasó así, pero después de esa explosión de dolor, se encuentra más aliviada, aunque agotada por tantas emociones. Su mente empieza a vestirse con rumores y las penas se quedan rezagadas. Finalmente, sus tristezas se deslizan de puntillas hacia la salida. Acaba de dormirse.

A media mañana el sol intenta colarse en la habitación a través de la persiana. Un gorrión sin apenas plumaje, se mantiene a duras penas sobre el alfeizar de la ventana, a punto de caer al vacío a nada que se descuide. Sus débiles picoteos en la madera despiertan a Váleri. Abre los ojos sorprendida. De momento no ve bien, es algo así como si mil arañas hubieran tejido una tupida malla sobre sus pupilas. Parpadea varias veces seguidas para recuperar la visión cuanto antes. Está empezando a asustarse de verdad porque el entorno le es totalmente desconocido. La cama, por ejemplo, toda de hierro negro, es demasiado triste. Ya se ha dado dos

buenos coscorriones contra los duros barrotes de la cabecera. En cambio, la de su casa, es de madera blanca con unos simpáticos enanos pintados sobre el frontal.

En ese trance empieza a creer que le han raptado. Si no, ¿por qué se encuentra allí! Terminada la inspección decide esperar acontecimientos. No piensa moverse de la cama. Aunque, ahora que hace memoria, una señora bondadosa le prometió volver enseguida a su lado y está segura que lo cumplirá. No tiene cara de mentirosa. Más tranquila, Váleri entretiene la espera con algunos de sus juegos imaginarios. Primeramente empieza dibujando sobre la pared los contornos de una flor con ocho pétalos sedosos bien rojos; al tallo, ligeramente inclinado por el peso de la peonía, le coloca seis garfios ganchosos, tres arriba y tres abajo, teniendo mucho cuidado de no acercarse mucho, por si tuviera intenciones perwersas.

Más tarde comienza su juego favorito. Está segura que tiene dones especiales. Sólo debe cerrar el ojo derecho y ya puede aprisionar con dos dedos el armario entero ¡es increíble! Seguro que si se lo dijera a alguien le tomaría por loca. No es de extrañar, a ella también le parecen cosas del otro mundo. Lo descubrió por casualidad hace ya tiempo, y todavía hoy conserva esos poderes. Incluso, si quiere, puede llegar a más; puede hasta desplazar los objetos, y de una manera la mar de fácil. Sólo tiene que abrir el ojo derecho y cerrar a continuación el izquierdo, para que el armario entre y salga de sus manos, como si fuera una pluma. “Si estos no son poderes sobrenaturales como los que tienen algunas personas en la televisión, entonces ¿qué son?”, se pregunta a sí misma.

En ese instante, el pomo de la puerta gira suavemente, pero la niña no se da cuenta del detalle. No es extraño porque, según ella, necesita mucha concentración para poner en marcha sus poderes mágicos.

—Hola pequeña —saluda Sara con cierto aire jovial. Está dispuesta incluso a cantar la “parrala” con tal de ganarse su afecto.

—¿Has descansado bien? —insiste el ama de llaves con una amplia sonrisa.

La niña, con la mano en alto y el armario entre los dedos, reconoce su voz y se alegra, pero no responde al saludo, sólo sonrío tímidamente. Sara, al ver la aptitud de la pequeña, se anima un poco. Esperaba encontrarla llorosa. Se acerca eufórica al ventanal y arremete contra los pesados cortinones, abriéndolos de par en par. Las anillas, al ser plegadas, expanden por la habitación un sonido alegre de cascabeles y un chorro de luz le dio a la mujer en plena cara, proporcionándole una energía nueva

Se acerca a la cama. La chiquilla espera tapada hasta las orejas. “Es preciso vencer esa timidez como sea, he de ganarme su afecto, me cueste lo que me cueste”, se dice Sara a sí misma, y se hace mil propósitos mientras aparta despacio las sábanas de la cara de Váleri.

—¿Dónde está la niña más bonita de esta casa? —le canturrea, acariciándole la frente. Ante el halagador piropo, la ve entornar los ojos, incluso se incorpora un poco con orgullo para dejarse caer coqueta otra vez sobre la almohada.

Sara, de momento, se da por satisfecha e inicia con ella una especie de juego.

—Ahora nos levantamos de la cama, nos arreglamos y listas para desayunar. Tu familia espera, ¿sabes?

Unos ojos infantiles y redondos se clavan con temor en los del ama de llaves.

—No te preocupes, yo estaré a tu lado —se apresura a tranquilizarla—. A tu papá le crié yo solita —le dice con orgullo—. Y ahora pienso hacer lo mismo con su preciosa hijita, ¡que eres tú!

Y hunde varias veces el índice en el pecho de la niña, para arrancarle una sonrisa. Está segura que la tiene preciosa. Se miran fijamente y, de pronto, Sara recibe el mayor regalo de su vida. Váleri extiende los brazos y esconde su cuerpo menudo en el voluminoso regazo de la mujer.